

**Vínculo intergeneracional y construcción de ciudadanía
en esta primera década del siglo XXI**

“Adultos Franksteins”:

**¿ES POSIBLE CONSTRUIR CIUDADANÍA DESDE UNA ACTITUD
IRREFLEXIVA, DE AJENIDAD Y ESPANTO?**

Alejandra Morzán – 2008 -

Cuando se trata de pensar en las múltiples y diversas manifestaciones de adolescentes y jóvenes, con frecuencia desde los adultos esgrimimos juicios preocupantes sobre sus comportamientos. Por ejemplo, sobre su desinterés manifiesto por cuestiones políticas, su pobrísimo pensamiento y conciencia social, su escasa o nula dedicación al estudio, sus preferencias musicales y formas de expresarse – incomprensibles en muchos casos para los adultos-, los tatuajes, piercing y, en algunos casos también el reconocimiento de actitudes violentas.¹

Me llama poderosísimamente la atención cómo estas referencias son realizadas sin reflexión alguna sobre el contexto social en el que se producen, contexto en el cual los adultos tenemos un rol protagónico esencial.

Por tal motivo, quisiera en primer lugar destacar algunos rasgos fundamentales del contexto social actual en el que vivimos todos, y en el que los adolescentes se encuentran sin demasiados soportes para pensarse como sujetos sociales, como ciudadanos. En segundo lugar, considero pertinente recuperar aquella historia que ha trascendido el tiempo de su creación y cuya vigencia llega hasta nuestros días –me estoy refiriendo a la obra de M. Shelley, *Frankenstein*- para pensar el vínculo intergeneracional en la actualidad.

Algunos rasgos sobresalientes de la realidad social de nuestro tiempo

¹ Precisamente al iniciar el ciclo lectivo en este 2008, son frecuentes las noticias que transmiten los medios masivos sobre actos de violencia protagonizados por adolescentes, entre pares o hacia los docentes.

Tengo las alas prontas para alzarme, Con gusto vuelvo atrás, Porque de seguir siendo tiempo vivo, Tendría poca suerte. (GERHARD SCHOLEM: Gruss vom Angelus.)

Hay un cuadro de Klee que se llama *Angelus Novus*. En él se representa a un ángel que parece como si estuviese a punto de alejarse de algo que le tiene pasmado. Sus ojos están desmesuradamente abiertos, la boca abierta y extendidas las alas. Y este deberá ser el aspecto del ángel de la historia. Ha vuelto el rostro hacia el pasado. Donde a nosotros se nos manifiesta una cadena de datos, él ve una catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina, arrojándolas a sus pies. Bien quisiera él detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado. Pero desde el paraíso sopla un huracán que se ha enredado en sus alas y que es tan fuerte que el ángel ya no puede cerrarlas. Este huracán le empuja irreteniblemente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras que los montones de ruinas crecen ante él hasta el cielo. Ese huracán es lo que nosotros llamamos progreso.

“Tesis sobre la filosofía de la historia”, Walter Benjamin.

“Tomad cualquier buen francés que lee *su* diario en *su* café y preguntadle qué entiende por progreso, y contestará que se trata del vapor, la electricidad, el alumbrado de gas, milagros que los romanos desconocían y cuyo descubrimiento es el testimonio indudable de nuestra superioridad sobre los antiguos. ¡Tal es la oscuridad que reina en ese cerebro infeliz!”

Charles Baudelaire

Vivimos en una era en la que el impacto de las nuevas tecnologías de la comunicación ha alcanzado una dimensión e intensidad tales que se ha convertido en una temática central de reflexión, investigación y producción académica. Hago referencia a este rasgo fundamental que atraviesa a las sociedades en la actualidad, por la especial incidencia que tiene en las nuevas generaciones y los nuevos desafíos que nos presenta a los educadores. Particularmente nos inquieta esta nueva realidad tecnológica a los adultos que hemos nacido y nos hemos criado en plena era *guttembergiana*, cuando la tecnología de la imagen recién daba sus primeros pasos. Los nuevos medios de información y comunicación de los que ahora disponemos han producido modificaciones importantes en los modos de pensar, en los vínculos interhumanos, en la conciencia de sí y del mundo, en la percepción del espacio y el tiempo. Su alcance planetario coloca a las instituciones ante desafíos inéditos en todos los ámbitos de la vida social: la política, la economía, la ciencia, el arte, la educación, la religión, etc.

Como afirma Chartier, nos encontramos ante los efectos de una revolución temida por unos y aplaudida por otros (CHARTIER, 1995).

Un nuevo escenario caracterizado por lo que alguien definiera alguna vez como el mundo de las esdrújulas: informática, cibernética, electrónica,

tecnológica, robótica. Aspectos novedosos de la vida social que contrastan profundamente con algunas constantes: problemáticas sociales que no hemos podido resolver como especie a lo largo de la historia, tales como la incompreensión, las humillaciones, la discriminación, el hambre, la miseria, la violencia, las guerras y la explotación que afectan no sólo la vida humana sino la vida en general.

En este contexto se nos plantean, entre otros, los siguientes interrogantes: ¿Cómo influyen las nuevas tecnologías en el modo de concebirnos hoy como individuo y como especie, de percibir la realidad, de comprenderla? ¿Qué clase de sujetos sociales somos en este nuevo escenario? ¿Qué lugar tiene la categoría de “ciudadano” frente a las de individuo, consumidor, espectador? Se suele poner énfasis en las modificaciones que social y culturalmente se han producido en los dos últimos siglos, pero: ¿Qué ha cambiado y qué permanece? ¿Qué aspectos son necesarios reconocer como profundas y radicales transformaciones y qué constantes podemos identificar -algunas para impugnar y otras para sostener o defender, más allá de los cambios, porque son del orden de la condición humana?

Este mundo actual en el que vivimos, es producto si bien de la historia milenaria de la humanidad, más cercanamente, lo es del movimiento acelerado que se disparara con la modernidad, cuya bandera y emblema fuera “el progreso”. En este sentido, el relato de W. Benjamín en su Tesis de la historia, y las ideas de Baudelaire, expresadas en ensayos y poesías, resultan sumamente sugerentes para pensarnos hoy y reflexionar sobre nuestro futuro.

La ilusión desencadenada por la diosa productividad y el dios consumo, constituye una poderosísima luz que enseguece. En palabras de Baudelaire una *idea grotesca, que ha florecido en el suelo de la fatuidad* – posmoderna, diríamos hoy-, que *ha relevado al hombre de sus deberes, ha exonerado el alma de sus responsabilidades*.

Bauman, intenta explicar cómo ese vértigo en el que somos sumidos cotidianamente, en gran medida está estimulado por los medios para

promover el consumo. En sus palabras, y permítaseme una cita un poco extensa pero muy clarificadora:

“Nuestra sociedad es una sociedad de consumo.....La formación que brinda la sociedad contemporánea a sus miembros está dictada, ante todo, por el deber de cumplir la función de consumidor... Si los filósofos, poetas y predicadores de la moral entre nuestros antepasados se preguntaban si uno trabaja para vivir o vive para trabajar, el interrogante sobre el cual se medita en la actualidad es si uno debe consumir para vivir o vive para consumir...

Para lograr esa reducción necesaria del tiempo, conviene que los consumidores no puedan fijar su atención ni concentrar su deseo en un objeto durante mucho tiempo; que sean impacientes, impulsivos, inquietos; que su interés se despierte fácilmente y se pierda con la misma facilidad....

...tal vez todos quieran ser consumidores y disfrutar las oportunidades que brinda ese estilo de vida. Pero no todos pueden ser consumidores.

...La regla del juego consumista... es... la emoción de una sensación nueva e inédita. Los consumidores son, ante todo, acumuladores de sensaciones.

Para aumentar la capacidad de consumo, jamás se debe dar descanso al consumidor. Hay que mantenerlo despierto y alerta, exponerlo constantemente a nuevas tentaciones para que permanezca en un estado de excitación perpetua; y más aún, de constante suspicacia y de insatisfacción permanente.

(BAUMAN, 1999, pp. 106-114)

¿Qué nos cabe esperar si no sabemos ver la violencia que produce la voracidad consumista, si no nos conectamos con aquellas dimensiones de la condición humana que permanecen, allende los cambios materiales de su existencia?

¿Qué nos cabe esperar en un mundo en el que, aunque hace tres décadas se reconocieron los límites del crecimiento el desenfreno capitalista sigue produciendo como si el planeta fuera sólo una fuente de recursos inagotable e incondicionalmente renovables?

¿Qué nos cabe esperar en una sociedad que ha desplazado su preocupación por una mayor justicia social y levanta, en su lugar, reclamos de mayor seguridad?

*“Virilio habla de una guerra que caerá, ante todo, sobre las ciudades, sobre los civiles. La exclusión seguirá sencillamente porque **no hay para todos**. Ni existe la voluntad de que lo haya... ‘Si todo el mundo viviera como un francés, nos harían falta más de dos planetas, y si consumiéramos como un estadounidense, nos harían falta cinco’ (Paul Virilio, Ciudad pánico, Libros del Zorzal, Buenos Aires, p. 70). De la certeza acerca de la futura inhabilitación de este planeta surge ‘el acento puesto desde hace tiempo por la astronáutica sobre la ilusión de la conquista del espacio’ (Virilio, ibid. P. 71). Pero –según mi punto de vista- el problema, que Virilio apenas roza,*

*aunque lo enuncia con claridad, es el del **gran encierro**. Escribe: el signo del **gran encierro** 'es el desarrollo exponencial de las **gates comunités** y el regreso de la ciudad cerrada, especialmente en EE.UU., donde decenas de millones de estadounidenses se encierran desde hace más de diez años buscando el último confort, el de **la seguridad interior**. (ibid. P. 73). Se da entonces, una tendencia a la **bunkerización**, un regreso a la 'ciudad cerrada'... (FEINMANN, 2007, p. IV).*

Esta conversión del otro en enemigo se manifiesta a nivel global en la instauración de nuevas guerras y la creación de nuevos enemigos –hoy el fundamentalismo islámico y la reciente guerra en Irak- y, al interior de cada sociedad, en el acrecentamiento de mecanismos defensivos y múltiples situaciones de enfrentamientos ya no entre sectores poderosos y desposeídos, sino entre la población en general.

Adolescentes y jóvenes se encuentran ante el desafío de pensar sus vidas, sus proyectos y futuro en este contexto. ¿Cómo lo piensan? ¿Cómo lo perciben? ¿Cómo se sienten? ¿Qué sienten? ¿En qué medida, como generación adulta que somos, actuamos como interlocutores entre pasado y presente? ¿Qué herencias, qué relatos de la vida, del mundo, les transmitimos? ¿Cómo pensamos nosotros nuestro pasado? ¿Lo pensamos?

Hace un par de años conocí un programa de radio, que se transmite por Internet en varios países del mundo y cuyos radioescuchas son fundamentalmente adolescentes y jóvenes que tienen la posibilidad de participar a través de mensajes que se leen en cada edición, y de mails y fotos que pueden enviar y se incluyen en la página.

Conocerlo me permitió conectarme con algunas de las vivencias y percepciones de la realidad que tienen los jóvenes hoy.

El programa se denomina: *"En caso de que el mundo se desintegre"*, un título por demás elocuente. Y anuncian que se trata de una transmisión que se efectúa desde el espacio, desde una nave en la que viajan determinados personajes.

Por la relación que guarda con lo expuesto hasta aquí, me parece oportuno transcribir la presentación que los autores realizan del mismo –como puede leerse en la página principal-:

El mundo se desintegra, de eso nadie puede dudar.

Podemos imaginar la desintegración del mundo como un estallido del planeta tierra en miles de partículas, como la desaparición de la especie humana por una serie de desastres naturales, como el exterminio de toda vida a causa de la irresponsabilidad de los hombres a lo largo de la historia, etc.

Esas formas de imaginar el mundo desintegrándose son quizás más filmicas, más caóticas, más eclécticas. Sin embargo hay otras, quizás diarias, quizás más esperanzadoras porque son pequeños mundos (tus mundos) que dan paso a mundos nuevos.

Sentiste que el mundo se desintegró cuando dejaste de ver a ese ser tan amado, cuando perdiste algo que hacía a tu mundo, cuando cambiaste de trabajo, cuando te dijeron "no" o "si" a algo, cuando dejaste de vivir una cosa para empezar a vivir otra. Esas líneas imperceptibles en que la vida te va cambiando, en que vos vas cambiando a la vida, en que tu existencia y tu mundo se transforman.

Pararse en una situación En caso de que el Mundo se Desintegre es tratar de descubrir una percepción válida para disfrutar ese mundo y aprovechar los instantes de placer de esos mundos en constante desintegración.

Desde aquí, un pequeño mundo, simplemente comunicarnos. Rendir culto a ese detalle vital llamado comunicación que nos hace seguir creyendo que mientras exista gente con ganas de expresarse y peleando por ello son muchos los mundos que hacen que estemos listos: En Caso de que el Mundo Se Desintegre... Integrados entre tanta desintegración.

El Pirata

Las palabras de presentación del programa, expresada por uno de sus conductores –el Pirata, integrante de la nave espacial-, ameritaría de por sí un extenso y profundo análisis. A los fines del presente trabajo y en el marco de lo hasta aquí planteado, considero importante resaltar:

- 1) la conciencia de la situación global del mundo que transmite – diariamente, durante cada programa hacen referencia sarcásticamente a noticias del ámbito político y económico internacional que dan cuenta –como contrapartida- de la inconciencia o actitud hipócrita por parte de quienes los protagonizan sobre los efectos destructivos de sus acciones;
- 2) en el caso del texto de presentación, se manifiesta un sentido de desesperanza a nivel social –no hay referencias a un cambio que se pueda realizar desde estructuras sociales-;
- 3) se pone un especial énfasis en la comunicación humana y en la posibilidad de expresión como tabla salvadora. Y este aspecto

pienso que es sustancial. Constituye un mensaje profundo para todos nosotros: adultos y educadores.

Recuperando aquel magnífico relato de Walter Benjamín a partir del cuadro de Paul Klee, lo que él veía allí de modo profético si queremos, es lo que este programa de algún modo postula como sustancial realidad. Sin embargo, el Ángel de la Historia continúa allí, convocándonos a “mirar las ruinas”, a avanzar en medio de ese viento huracanado y renunciar a la pretensión de despertar a los muertos y recomponer lo despedazado. Porque no se puede volver atrás. Pero es tan imposible volver a casa como necesaria la memoria, afirmará Chambers², quien nos recuerda que, en tanto sujetos nos constituimos

en el entretejido turbulento de memoria, lenguaje e historia”. Vivimos “en el cruce de caminos, bajo la mirada de los mitos del pasado y del presente a los cuales no podemos abandonar ni tampoco simplemente adoptar”. (CHAMBERS, 1994, p. 160 y 180).

Quizá sea esta una de las ideas más potentes que nos transmite Benjamín quien agrega:

“Articular históricamente lo pasado no significa conocerlo ‘tal y como verdaderamente ha sido’. Significa adueñarse de un recuerdo tal y como relumbra en el instante de un peligro”. (BENJAMIN, W, VI Tesis de la Filosofía de la historia)

Desde esta perspectiva, el pasado –en todos sus sucesos, procesos, manifestaciones- no es lo que fue, sino que –como afirmara **Liliana Herrera** en una reciente entrevista, *el pasado está en el futuro, interpelándonos. Hacer memoria no es recordar pasivamente, es hacer algo con ese recuerdo. La tradición es tensión que ha de sacar, acorde a nuestra sensibilidad y talento, lo mejor de nosotros mismos.*

¿Qué nos cabe esperar? Una manera de responder a este interrogante bien podría resumirse en aquella célebre frase de Jean Paul

² Esta afirmación contundente de Chambers sobre la imposibilidad de “volver a casa” a partir del análisis que el autor realiza de los efectos de las migraciones y de las relaciones culturales que se produce en la actualidad, no impide que emerja con una fuerza poderosa la inquietud y el pensamiento sobre la propia identidad, atravesada por esos cambios y en ese contexto de relaciones y conflictos. Valgan de ejemplo las historias que nos narran películas como: *Namesake*, *Miel para Oshua*, *Ser Digno de Ser*, y uno de los fragmentos de *Paris Je t’aime* –aquél protagonizado por la joven árabe-.

Sartre que sintetiza, con una elocuencia extraordinaria, lo expuesto hasta aquí: nos cabe esperar *aquello que decidamos hacer con lo que hicieron de nosotros*. Y desde esta respuesta es desde dónde podemos pensar cómo estamos instrumentando a los jóvenes para que ellos también puedan pensarse y proyectarse personal y socialmente.

Aportes de la novela de M. Shelley – Frankenstein- para pensar el vínculo intergeneracional en la actualidad

El primer detalle que quisiera destacar al recuperar la obra de M. Shelley –*Frankenstein*-, es que este nombre se adjudicó masivamente al monstruo, mientras que en realidad es el nombre de su autor: el Dr.

Frankenstein. Esta falsa atribución me hizo ver y pensar en lo siguiente:

1º) El hecho de que el personaje protagónico no tenga nombre no constituye, pienso, un detalle menor en su conversión a monstruo. Podemos vincular el nombre a una cuestión de identidad y de reconocimiento desde el otro. Sabemos que la criatura no pudo ser nunca aceptada y reconocida por su creador ni por ninguna otra persona.

2º) Esta atribución del nombre a la criatura, y esta centración popular en sus características más temerosas y terribles, no permite pensar en el autor, por un lado, y en lo que ha conducido a la criatura a adoptar tales comportamientos, por el otro, como tampoco en el vínculo establecido entre ambos. ¿Qué ve el Dr. Frankenstein en el ser que ha creado? ¿Qué no ve en la criatura y en él mismo? ¿Qué vínculo establece con él? ¿Qué otras percepciones y vínculos hubieran hecho posible otra historia?

Al leer la obra, fue surgiendo en mí una inevitable vinculación entre la actitud del Dr. Frankenstein y su creación, y la que en general observo en las generaciones adultas en relación con niños y, particularmente, con los “adolescentes actuales”. En el ámbito educativo, escuchamos quejas permanentes sobre sus comportamientos, como si fueran –permítaseme la expresión- hijos de la nada. Si nos pensamos socialmente, sus actitudes encarnan y expresan un vínculo intergeneracional que nos compromete. Culturalmente, son nuestros hijos. Y es verdad que adoptan comportamientos insólitos y aparentemente incomprensibles para quienes somos adultos, pero el mundo en el que el que viven, en el que vivimos –y aquí sí me atrevo a decir que tomo el concepto ‘mundo’ en sentido

kantiano, como atribución de sentido-, es producto de nuestra intervención en él. Como sociedad, y más bien diría, como especie, hemos disparado un proceso de transformaciones sociales y tecnológicas que, como al Dr. Frankenstein, nos asusta, y de las cuales no logramos hacernos cargo. Nos entusiasmos en los logros de los que hemos sido capaces en los últimos siglos, pero comparto con Walter Benjamín y Baudelaire, no los pensamos suficientemente en un sentido profundo y humano.

Vemos características en las nuevas generaciones y no nos pensamos a nosotros mismos en relación a ellas. ¿Qué relaciones existen entre esos rasgos que vemos en ellos y nosotros mismos? ¿Por qué nos preocupa lo que nos preocupa? ¿Qué manifestaciones se nos pasan por alto, ignoramos, o subestimamos? ¿Por qué?

Recuperando lo expresado hasta aquí, y fundamentalmente deteniéndonos en los interrogantes que la lectura de la novela nos plantea –más allá de la crítica literaria que pueda realizarse- la obra de M. Shelley tiene una vigencia enorme.

El llamado a la escucha, al diálogo, el reclamo de reconocimiento y afecto, el hacernos cargo de las consecuencias de nuestras acciones en lugar de eludirlas, aparecen con una fuerza inusitada en la obra y considero, tienen una vigencia universal, derivadas de la propia condición humana, que se nos presenta hoy en clave de urgencia si pensamos en los niños y adolescentes de nuestro tiempo.

Finalmente, existe un fragmento inicial que puede pasar inadvertido y sin embargo, reviste un profundo significado. Recordemos: la novela comienza con unas cartas que el interlocutor del Dr. Frankenstein, el Capitán Robert Wallon, escribe a su hermana. En una de ellas cuenta lo sucedido el día en que rescataron a Frankenstein del naufragio. Se encontraba este sobre un gran fragmento de hielo, en una situación en la que peligraba su vida. Algunos hombres de la tripulación lo vieron, se acercaron para auxiliarlo, pero sin lograr que suba inmediatamente al barco, llamaron al capitán.Cuál fue su sorpresa cuando Frankenstein, al verlo, se dirigió a él expresándole:

- Antes de subir al navío ¿podría usted indicarme hacia dónde se dirige?

Wallon manifiesta la sorpresa que le causó oír semejante pregunta de labios de una persona al borde de la muerte y para la cual habría pensado

que el barco ofrecía un recurso que no hubiese cambiado ni por las mayores riquezas del mundo.

Considero relevante finalizar este trabajo haciendo referencia a este fragmento, a mi criterio, de una profundidad y vigencia extraordinarias: no es el barco –es decir: un objeto o determinado logro tecnológico- lo que puede salvarnos, sino la pregunta por el sentido. Un sentido que no alude a una exterioridad, a un afuera, sino que más bien nos conecta a realizarnos estas preguntas existenciales: ¿qué deseo? ¿quién soy? Interrogantes que ameritan ser pensados en singular y en plural. Frente a lo cual, insisto en la necesidad de cuestionarnos qué espacios y tiempos nos damos para pensar en ellos -en nuestras prácticas educativas y en nuestras vidas-, de tal modo que, como afirma Levinas, podamos ir avizorando *una paz que busca los ojos del otro en cuya mirada despierta la responsabilidad...*

Sólo desde una actitud intergeneracional que restablezca el vínculo afectivo, desde una comunicación que viabilice la transmisión de un legado social y cultural así como desde la creación de espacios públicos en los cuales podamos pensarnos juntos como sujetos sociales, es posible plantearnos esta temática central que nos convoca en este congreso: educación y ciudadanía.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BAUMAN Z. (1999) *La globalización – Consecuencias humanas*, Fondo de Cultura Económica

BERMAN, M. (1997) *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Siglo XXI.

BLEICHMAR (2001), Seminario: “*La Infancia y la Adolescencia ya no son las mismas*”, Octubre de 2001, desgrabación

BEAUDELAIRE, Ch. *Poemas en prosa*, en:

<http://www.galeon.com/gacetillaliteraria/Libros/poemasenprosa.htm>

BENJAMIN, W. “*Tesis sobre la filosofía de la historia*”, en: blog de Vladimir García Morales, <http://avanzando.over-blog.com/article-3812048.html>

CHAMBERS, I., (1994) *Migración, Cultura, Identidad*, Amorrortu, Bs. As.

CHARTIER, R. (1995) *Sociedad y escritura en la Edad Moderna*, Instituto Mora, México.

FEINMANN, J. P. (2006) *La Filosofía y el Barro de la Historia*, Página 12.

MALDONADO, T. (1994) *Lo real y lo virtual*, Gedisa, Barcelona

MAZLISH, B. “*La cuarta discontinuidad*” en: KRANZBERG M. y
DAVENPORT, W. H. (1978) *Tecnología y Cultura*, Barcelona.

VIRILIO, P. *Ciudad pánico*, Libros del Zorzal, Buenos Aires, *citado por:*
FEINMANN J. P. (2007) “*La filosofía y el Barro de la Historia*”, Clase 55,
Página 12, Buenos Aires.

SHELLEY, M. (2006) *Frankestein*, Visor, Buenos Aires.